

Albany; Londres, 1.º de Diciembre 1841.

Querido Napier: Parece que no le agrada á usted lo que le indico acerca de Enrique V (1), ni mi idea de una consideración total de este asunto. ¿Qué me dice usted acerca de un artículo sobre Federico el Grande? Tomás Campbell está publicando un libro acerca de este personaje.

Ahora que estoy seriamente metido en un trabajo extenso que puede constituir probablemente la ocupación de los años de fuerza y vigor que me quedan, es preciso que yo elija asuntos para mis revistas que hagan alguna referencia al trabajo, por más que no deba escribir artículos sobre los que haya de tener que tratar de nuevo como historiador, porque de hacerlo, corro peligro en repetirme.

Aseguro á usted que envidio poco á su *Westminster Hall* en el escrito sobre Hastings. Por otra parte hay muchos caracteres y acontecimientos que ocuparán poco ó ningún espacio en mi historia, y que, sin embargo, necesito hacérmelos familiares, y no puede haber ningún ejemplo mejor que Federico el Grande. Su carácter personal, maneras, estudios, relaciones literarias, su disputa con Voltaire, su amistad con Maupertuis y su propia desdichada *metromanía* podrán ser muy ligeramente aludidos, si acaso, en una *Historia de Inglaterra*. Sin embargo, para escribir esta historia, será necesario volver sobre todas las memorias

(1) Macaulay había escrito el 10 de Noviembre: «Si Longnam quiere enviarme el libro de Mr. Tyler acerca de Enrique V, veré si acaso puedo, con el auxilio de Froissart y Montrelet, darle un bosquejo animado de aquella vida tan corta como brillante».

y escritos de Federico que se relacionan con nosotros en una guerra tan importante. En este sentido mis revistas pueden ser muy útiles á mis investigaciones históricas, sin anticipar mi historia ni impedir materialmente su progreso. No quiero meterme en investigaciones enteramente ajenas á lo que constituye ahora mi objeto principal, y todavía menos decir nada sobre asuntos de que he de tener que hablar de nuevo, como la correspondencia de Vernon (1), la *Historia de Guillermo III*, por Trevor.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

En Enero de 1842, Macaulay escribió á Napier: «Respecto á Federico, yo no veo lo que podré hacer con él en setenta páginas; y probaré á hacer una historia de su vida á la manera de Plutarco, cosa que es un poco fuerte. El escrito sobre Clive ocupa mucho; el de Hastings, aunque en mi opinión no vale lo que aquel, ha alcanzado más éxito. Debo producir algo mucho mejor que ninguno de estos dos artículos con un asunto tan excelente como la historia de Federico. Resérveme V. el último lugar si le es posible. Siento muchísimo no haber visto Berlín y Postdam.»

Albany; Londres, 18 de Abril 1842.

Mi querido Napier: Estoy muy agradecido á V. por sus observaciones á mi artículo sobre Federico. Mi original de la revista se ha hecho con lentitud y no pue-

(1) En este período de su vida Macaulay todavía se proponía y esperaba escribir la *Historia de Inglaterra* «hasta los tiempos que están dentro de la memoria de los hombres todavía vivos».

do por tanto, referirme á ellas en él. He, no obstante, pensado acerca de lo que usted me dice, y estoy dispuesto á admitir lo que me parece verdad; pero tengo que indicarle á usted algunas distinciones y limitaciones.

El cargo á que he sido más sensible es el que usted me hace de haber intercalado en mi escrito muchos términos franceses. No quiero afirmar que no se haya escapado de mi pluma alguna expresión, escribiendo precipitadamente sobre un asunto muy francés; es, por otra parte una costumbre á que soy extremadamente opuesto, y en la que sólo puedo caer por inadvertencia. En realidad, no sé á qué alude usted, porque las palabras «Abbé» y «Pare-aux-Cerfs», que yo recuerdo ahora de mi trabajo, seguramente no se prestan á tal objeción, y en cambio recuerdo que he llenado en uno ó dos sitios mi amor al inglés hasta la afectación. Por ejemplo, he llamado á la «Place des Victoires» «place of Victories» y al «Fermier Général» D'Etoiles, un «publican.» Miraré de nuevo el artículo cuando llegue á mis manos y trataré de descubrir aquello á que usted alude.

El otro cargo, confieso á usted que no me parece igualmente serio. Ciertamente no podría usar, en una historia formal, algunas de las frases que usted censura; pero no considero una revista de este género como un fragmento de una historia formal, y en realidad, pienso que puedo invocar ejemplos que abonen mi práctica, de la mayor autoridad. Tómese á Addison, el modelo de un escritor puro y lleno de gracia, y en su *Spectator* se encuentra «mujer pública», «zorra», «viejo ridículo», «probar», «temiendo que pudieran ridiculizar al caballero.» Todas estas expresiones las he hallado esta mañana revolviendo dos ó tres de sus

escritos durante el almuerzo. Yo no podría usar las palabras «majadero» ó «escuadrón zafio» en una obra seria y cuidadosamente hecha, aun cuando Addison en un escrito de Estado haya podido llamar á Luis un «viejo palurdo», ó haya descrito como ridículo el designio de Shrewsbury y Argyle, de influir en el pretendiente. Pero yo no he escrito mi artículo con intención de que fuera enteramente serio y cuidadoso. Si usted juzga de él como podría hacerlo de una historia formal, censuraría muchos otros más profundos y mejor hechos, tanto en lo que se refiere á su fondo, como á su dicción. El tono de muchos episodios, aún más, de páginas enteras, podría ser llamado ligero, petulante, en una historia formal. Pero yo creo que esta clase de composiciones tienen su carácter y leyes propios. No reclamo el honor de haber inventado esto, cuya gloria pertenece á Southey, pero puedo decir que he perfeccionado en algunos puntos su invento. El estilo de estos pequeños ensayos históricos guarda la misma relación, creo yo, con la historia seria, que la manera de Tácito ó Gibbón, que la de Ariosto, guardan con la de Tasso, ó la de los juguetes históricos de Shakespeare con la de Sófocles. Ariosto cuando es grave y patético, lo es tanto como Tasso, pero toma frecuentemente un tono rápido y brillante que le sienta admirablemente y que en Tasso está fuera de lugar. La desesperación de Constancia en Shakespeare, es tan sublime, como la de Edipo en Sófocles; pero las ligerezas del bastardo Faulconbridge estarían totalmente fuera de su lugar en Sófocles, y comprendemos que no lo están en Shakespeare.

De igual modo acontece con estos artículos históricos. Donde el asunto lo requiera, pueden elevarse, si el autor sabe hacerlo, á las alturas de Tucídides; pero

también, repito, sin impropiedad pueden usar la ligereza y coloquios fáciles de las cartas de Horacio Walpole. Esta es mi teoría. Si he conseguido realizarla en mis trabajos, es otra cuestión. Podrá usted, no obstante, notar que estoy muy lejos de tomarme semejantes libertades en mi historia, y, sin embargo, desapruebo algunas de las ideas que tienen los autores acerca de la dignidad de la Historia. Temiendo meterse en hechos de la vida privada de los personajes, no tienen en cuenta circunstancias que influyen poderosamente en la felicidad de las naciones. Nunca negaré yo que el lenguaje de la Historia deba conservar una cierta dignidad, pero creo que puedo no preocuparme tanto de conservarla en un trabajo semejante á éste sobre Federico. Y que igualmente pueden excluir de un poema como el *Don Juan*, términos del lenguaje vulgar que también estarán fuera de lugar en el *Paraiso perdido*, ó en las *Rimas Hudibrásticas*, rimas que, por otra parte, serían de mal gusto en la *Ilíada*, de Pope.

En atención á la crítica particular que usted ha hecho, someto á usted mi juicio con gusto, aunque creo que tengo algo más que decir sobre esto. La primera regla á que ha de obedecer todo escrito, á la cual están subordinadas todas las otras, es que las palabras usadas por el autor sean aquellas con que expresarían su significado el mayor número de los lectores. Todas las consideraciones acerca de la pureza y dignidad del estilo deben subordinarse á esta otra previa. Escribir de modo que no se entienda el significado en toda su fuerza por miedo á usar voces desconocidas para Swift ó Dryden, sería, á mi juicio, tan absurdo como construir un Observatorio semejante al de Oxford, desde el cual fuera imposible observar, únicamente por

haberse propuesto conservar con toda exactitud las proporciones del templo de los Vientos en Atenas. Que se destierre de un escrito una palabra que es apropiada á una idea particular, que la usa todo el mundo, alto y bajo, para expresar aquella idea, y que la expresa tan completamente que no es igualada en esto por ninguna otra y con dificultad por toda una locución, me parece que es arrojar de sí los medios de realizar la obra literaria. La palabra «talentado» no debe usarse, primero porque no es necesaria y segundo porque jamás la habrá oído usted en boca de aquellos que hablen bien el inglés. Pero la palabra «shirk», aplicada al servicio militar, la usa todo el mundo, porque es la palabra única para expresar la cosa que en cada regimiento como en cada barco pertenecientes á nuestro país, se usa lo menos diez veces al día y que el duque Wellington ó el almirante Stopford usaran al regañar á un oficial. Prohibirla, por ser familiar y casi jocosa, me parecería demasiada rigidez.

Pero no quiero seguir. Deseo únicamente repetir á usted que estoy verdaderamente agradecido por su advertencia y que si usted puede, en adelante, señalar con un asterisco en las pruebas aquellas palabras que crea sujetas á objeción, trataré de cumplir sus deseos, aunque algunas veces á expensas de mi propia opinión.

Siempre de usted muy de veras,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 25 de Abril de 1842.

Querido Napier: Muchas gracias por su carta. No disputaremos acerca de la dicción; el lenguaje inglés no es tan pobre que yo no pueda hallar muy bien en él medios de quedar contentos ambos, usted y yo.

No tengo inconveniente en hacer un examen de madame D'Arblay para el número de Octubre; únicamente me asalta un escrúpulo: que hace algunos meses Leigh Hunt me dijo que pensaba proponerle á usted ese asunto, y yo le animé á que lo hiciese. No tengo escrúpulo alguno en tomar un asunto sobre el cual hubiese pensado Brougham, porque él tendrá suficiente cuidado de sí mismo y haría él lo mismo conmigo. Pero en cambio no quiero hacer nada que pueda herir la sensibilidad de un hombre cuyo espíritu parece estar quebrantado por la adversidad, y que está bajo el peso de algunas obligaciones para conmigo.

Una palabra sobre un asunto acerca del cual agradeceré á usted mucho que reflexione y me dé su opinión. Ha llegado á mis noticias que los editores americanos tienen pensado publicar dos ó acaso tres ediciones de mis revistas, y he recibido cartas suyas diciéndome que la venta sería considerable. Tengo entendido que algunos lo han hecho ya, y que otras personas los han cortado de números viejos de la *Revista de Edimburgo* reuniéndolos en volúmenes. Ahora sé que estos ejemplares están llenos de erratas, yendo su popularidad por delante de su mérito, pero si han de volverse á publicar, sería mejor que lo fueran bajo la inspección del autor y con sus correcciones, porque tienen todas las faltas inherentes de haberse escrito é impreso deprisa. Longman me proponía algo de esto hace tres años; pero entonces las publicaciones americanas no habían tomado aún el desarrollo que ahora tienen, lo cual constituye una gran diferencia. Ruego á usted que me dé su consejo sobre este asunto.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 24 de Junio de 1842.

Querido Napier: He pensado ya bastante acerca de la reimpresión de mis artículos, y decidido no hacerla. Es una cosa bastante enojosa, para estar seguro, además, de tener noticia al poco tiempo de que se ha hecho en América una tercera edición sin que yo la revise, y de que constantemente se están haciendo reimpresiones clandestinas. Es todavía más fastidioso, por ver errores de que estoy completamente inocente, insertos entre mis escritos. Pienso que es mejor dejar las cosas como estén. El público juzga, y debe hacerlo así, indulgentemente, los trabajos periódicos, que no pueden quedar tan bien concluidos, pues que su vida natural es solamente de seis semanas. Unas veces el autor se halla á gran distancia del lugar donde se imagine su trabajo; otras se ve obligado á precipitar su tarea para alcanzar el correo. El puede desatinar, puede contradecirse, puede cortar por el medio una historia, dar una extensión inmoderada á una parte de su asunto y reducir otra igualmente importante á unas pocas palabras. Todo esto se le perdona fácilmente, si hay un cierto espíritu y vivacidad en su estilo. Pero tan pronto como reimprime sus trabajos, desafía la comparación con los trabajos humanos más pulidos y simétricos. Un pintor que tiene un cuadro en la exposición de la Real Academia, obra imprudentemente si le saca de allí y le lleva á la Galería nacional. Donde lo tiene ahora colgado, se halla en medio de una multitud de manchas de color que se ven una vez tan sólo para olvidarlas inmediatamente, y puede pasar por una buena obra; pero será un loco si le coloca al lado de obras maestras de Tiziano y Claudio.

Mis revistas generalmente están pensadas para ser mejor escritas, y tener una vida más larga que las de la mayor parte de la gente y esto me debe satisfacer por completo. Por el momento se me concede un rango más elevado, juzgando mis artículos con arreglo á un modelo de más talla. Lo sucedido á Fonblanque puede servir de ejemplo. Sus artículos principales en el *Examiner* merecen ser ensalzados hasta el cielo, pues su estilo y maneras son incomparablemente superiores á algunos otros del *Courrier*, el *Globe* ó el *Standard*; no á algunos del *Times*. People decía, que era una lástima que trabajos tan admirables perecieran tan pronto, y esto determinó á Fonblanque á reimprimirlos juntos formando un libro. Jamás creyó él que en aquella forma fueran comparados no ya con los de lenguaje retumbante de la prensa diaria y semanal, sino con los folletos de Burke, con las cartas de Pascal, con los *Spectator* y *Freeholder* de Addison; pero no han podido resistir esta nueva prueba ni un solo momento. Yo quiero aprovechar la advertencia. Que los yanquis hagan lo que puedan sin que yo les ayude; no quiero fundar mis pretensiones á la categoría de escritor clásico sobre mis revistas. Deseo permanecer, según el excelente precepto de Gospel, en el último extremo de la mesa, donde estaré constantemente conversando con «amigos, subiendo á lo más alto», y no siguiendo un camino que me conduzca á la cima de un risco de donde sea arrojado violentamente de un modo vergonzoso hasta el lugar más inferior. Si yo vivo doce ó quince años, acaso pueda producir alguna cosa que no me asuste en exhibirla al lado de las obras de los antiguos maestros.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 14 de Julio de 1842.

Querido Napier: Ruego á usted que me perdone no le haya enviado algún artículo para el número próximo, porque he estado excesivamente ocupado adquiriendo elementos para mi Historia que va ya en muy buen camino. Debo irme al Somersetshire y al Devonshire á ver el lugar de la escena de la campaña de Monmouth y á seguir el camino de la marcha de Guillermo desde Torquay. Tengo también otro proyecto que, aunque no de gran importancia, puede ocuparme algunos días. Conocerá usted indudablemente la teoría de Rerizomies acerca de la primitiva historia romana, teoría que Niebuhr ha resucitado y que Arnold adopta como si estuviese absolutamente comprobada. Yo tengo dudas no pequeñas acerca de su exactitud. Consiste en suponer que las historias del nacimiento de Rómulo y Remo, de la guerra de horacios y curacios, y todos los otros cuentos románticos que llenan los tres ó cuatro primeros libros de Livio son restos de las canciones perdidas de los primitivos romanos. Me he entretenido en la India probando á restaurar algunos de estos poemas perdidos desde hace larguísima fecha. Arnold ha visto dos de ellos (1) y me escribe en tales términos de elogio que me ha inducido á corregirlos y completarlos. Son cuatro, y

(1) El doctor Arnold no llegó á ver impresas las canciones. Un mes justo antes de la fecha de esta carta escribe Macaulay á su hermana Fanny: «¡Pobre Arnold! Estoy profundamente afligido por él y por el público. Su muerte ha sido realmente una gran calamidad, y será sentida por cientos de familias. Dado el carácter de los conservadores, que casi todos son decididos y severos torios, temo que su plaza sea ocupada por alguien de espíritu muy diferente.»

creo que aunque son bagatelas, pueden pasar, porque no dejan de tener alguna elegancia. Será preciso ponerles un prefacio corto, y pienso publicarlos en el próximo Noviembre en un pequeño volumen. Siento que, precisamente ahora, no pueden servirle á usted; sin embargo, encontraré fácilmente un asunto que elegir para darle é usted algún artículo. La vida de Romilly es un poco añeja y la de lord Cornwallis no es un asunto muy atractivo. Clive y Hartings fueron grandes hombres, y su Historia está llena de acontecimientos notables. Cornwallis, por el contrario, fué un modelo de medianías. Sus luchas no fueron muy brillantes, y las reformas en Hacienda, que constituyeron sus principales medidas, son insuficientes para interesar á los lectores ingleses en cuestiones financieras de la India.

Estoy un poco preocupado por el descuido con que ha sido hecha la revista sobre Duelling. En la parte histórica tiene tantos errores como aserciones. Véase la página 438. Ossey jamás desafió á Clarendon. El par á quien él desafió con motivo del bill del ganado irlandés, fué Buckingham y la provocación partió de éste, para quien cualquiera que se opusiese al bill, tenía algún interés irlandés ó alguna inteligencia en Irlanda, y fué Clarendon mismo quien contó toda la historia. Entonces, como cuando la riña con el librecambista lord Dorchester en el vestíbulo, la disputa no tuvo lugar en este sitio, sino en la Cámara pintada; ni se relacionaba con la libertad de comercio, sino que fué en una conferencia en que todos los lores estuvieron de una parte, á consecuencia, realmente, de una disputa antigua, siendo la causa inmediata un empujón accidental por el asiento. Algunas líneas más abajo dice que lady Shrewsbury dispó todo el esta-

do de su hijo, lo cual ciertamente no es verdad, porque tan pronto como el muchacho llegó á la edad oportuna, recibió 40.000 libras por hipoteca de sus bienes, que, según la tasa de los intereses anteriores, no habría obtenido esta cantidad si no poseyera un buen estado. En la página siguiente dice que Mohun asesinaría más bien que mataría al duque de Hamilton, un gran desatino. Los que creen que el duque murió asesinado atribuyen el hecho no á Mohun, sino á su segundo, Macartney. La guerra entre los dos personajes se admite por todos que fué suave. Ni reprendió Steele á Thornhill por matar á Dering, sino que, por el contrario, hizo cuanto pudo por colocar la conducta de Thornhill en la situación más clara y amistosa, haciendo vencer la censura universal de aquel acto sobre las malas costumbres de sociedad. Y no doy á conocer á usted más que algunos de los errores que en punto á hechos hay allí en corto espacio, porque yo he leído sólo dos páginas del artículo, y si es todo como lo que he visto es verdaderamente prodigioso.

Permítame rogar á usted que no mencione siquiera el pequeño esquema literario que le he confiado. Sentiría que fuese conocido antes que llegue el tiempo de su publicación.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 20 de Julio de 1842.

Querido Napier: Yo no hago por engañar á usted, y realmente trataré de enviar á usted alguna cosa, si consigo hallar algún asunto que me convenga. Mis objeciones para tomar la vida de Romilly son nume-